

**CORONA FÚNEBRE
A LA MEMORIA
DEL LLORADO POETA GALLEGO**

ANDRÉS MURUAIS

30/11/1851 - 21/10/1882

Pontevedra 1883

Imprenta de J. Millán
Plaza del Teucro.

Digitalizado en este formato: José M. Ramos González



Andrés Bello

No a otra causa sino al influjo de las ideas democráticas en la manera de sentir y pensar características del siglo XIX, debe atribuirse el renacimiento de las literaturas provinciales; renacimiento tanto más feliz por cuando de él obtuvo la poesía, cada vez menos apreciada en los grandes cuerpos de la nación, multitud de asilos donde esperar segura el descenso de la avenida utilitaria que a la sazón nos envuelve.

Hiciéronse notar en Galicia sus primeras manifestaciones en el periodo comprendido entre el alzamiento regional de 1846 y la Revolución española de 1854.

Es cosa sabida que las razas autóctonas, incluso las que por su antigüedad territorial pueden considerarse originarias del país en que habitan, apenas por unas u otras circunstancias deciden formar un haz homogéneo, dentro o fuera de la heterogénea comunidad política a cuya gravitación están sujetas, comienzan ante todo por reconstituir el idioma o dialecto primitivo, e invocando enseguida las tradiciones propias, corren a armarse – casi siempre para cortesías lizas, alguna vez para sangrientas batallas – en el doble arsenal de la historia y de la literatura.

De tal suerte procedieron en lo que va de siglo Escocia, Irlanda, Bretaña, Hungría, las dos Navarras, Cataluña...; de tal suerte a contar del periodo mencionado, procedió instintiva o deliberadamente el antiguo reino de Galicia.

No hay para qué acumular nombres ilustres; importa, sin embargo, decir que los bocetos legendarios y arqueológicos de Gil, Robles y Neira de Mosquera, los ditirambos periodísticos de Faraldo y Cociña, las novelescas invenciones de Vicetto, las tentativas líricas y epigramáticas de Camino, Pintos y Añón; las reminiscencias y aplicaciones céltico-osiánicas de Pondal; los proféticos e insuperables trabajos históricos de Murguía, y principalmente el libro de los *Cantares Gallegos*, especie de Biblia popular en hora bendita dada a luz por Rosalía de Castro, nuestra musa, trazaron e imprimieron dirección y rumbo fijos a la juventud que entraba en la vida intelectual a punto de hundirse el trono en Alcolea, la educaron en el santo amor a las costumbres

del nativo suelo, revelaron a sus ojos grandes y hermosas hasta entonces desconocidas, le hicieron creer en la proximidad de un nuevo día, anunciado y entrevisto en sueños, mucho antes de que hubiese promediado la noche.

Los entusiastas neófitos, invocando el fantasma de un Pardo de Cela, libertador mitológico de Galicia, tomando al pie de la letra y como cosa efectiva la tradición autonómica de celtas y suevos, e inflamándose al recuerdo de la insurrección de los condes gallegos contra Alfonso el Magno, no menos que al de la inútil resistencia suscitada a Alfonso VI por su hermano D. García, pusieron manos a la obra, y no tanto para restaurar la problemática independencia pasada, cuanto para salir del olvido y humillación presentes, arrojáronse bravamente en demanda de una gloriosa reparación futura.

A todo esto resonaba al otro lado de Piedrafita y las Portillas el tumulto de la Revolución de Setiembre, y sentíase el jadeante hervir de las ideas modernas y caducas dentro de la ciclópea marmita en que se derretía y purificaba la sociedad española.

¡Tiempos aquellos!

No era llegado todavía, —¡ojalá no hubiese llegado nunca!— el conflicto de los intereses, y tan solo se entrechocaban despidiendo vivísimo centelleo de luz, las ideas generales y las sublimes abstracciones. Cada día, una nueva batalla al aire libre por la solución de cualquier humanitario problema; a cada instante, un movimiento simpático de la opinión pronunciada a favor de estos o aquellos principios, la multitud llamando sin saber a punto fijo para que a las puertas de la vida; lo porvenir abierto de par en par a la noble ambición de los inteligentes y a la mezquina concupiscencia del vulgo...

La generación literaria a que nos referimos aunque afiliada por ineludible ley en distintos bandos y partícipe de las comunes aspiraciones, continuaba entretanto encerrada aposta en su estrecho círculo, y renunciando a la vida general se agrupaba fielmente en torno de Galicia, cultivaba su dialecto, estudiaba sus peculiares instituciones, y no atendía sino al remedio de sus desdichas e infortunios.

El trabajo era arduo, y a mayor abundamiento poco o nada agradecido.

Los profetas máximos de la anterior generación que por medio de síntesis de su genio, habían trazado el plano de una nueva Suevia, embellecida con todos los primores y galas de la fantasía vigilaban frunciendo el ceño la terrible e inacabable labor de sus imitadores y alumnos.

Mientras estos acopiaban materiales, ahondaban cimientos y sentaban las primeras toscas hiladas del edificio, aquellos exaltados por una patriótica impaciencia, renegaban de la tardanza, creían mal interpretadas sus órdenes por los modestos alarifes, y mostrábase más dispuestos a corregirlos con la excesiva censura que a estimularlos con el moderado elogio; ¡Achaque natural de los que conciben, a quienes parece siempre remisa, torpe e ineficaz la tarea de los que ejecutan!

Tal vez la posteridad no haga justicia a unos y otros, ni pague en gratitud a los segundos una deuda igual a la que satisfaga en admiración a los primeros, mas no por eso dejará de corresponder la mayor parte de gloria en la saludable regeneración actual a la juventud que trabaja en aulas y talleres allá por los años, ya remotos, de 1868 a 1874; como que ella fue quien supo vulgarizar las salvadoras ideas, defender los intereses materiales, disciplinar la opinión pública y manejar, sobre todo el ariete de la prensa, nunca hasta entonces bien manejado ni entendido.

Conviene declararlo – después de tributados los debidos honores a *El Porvenir*, *La Aurora*, *El Recreo Compostelano*, *El Miño* y *La Oliva*, de los antiguos tiempos, – gracias a los periódicos que antes habían sido literarios o políticos, pero siempre semanales y que desde 1879 fueron diarios y gallegos, cundió por la comarca entera el fuego sagrado, se acostumbraron imbéciles, tibios e ignorantes a justipreciar las cosas de la tierra, las corporaciones oficiales prestaron acatamiento a las artes y la literatura, se formó con las cuatro provincias un solo cuerpo y quedó por último reivindicado el buen nombre y establecida la noble condición del país antes los ojos miopes de la desdeñosa España.

De aquella lucida hueste de poetas y artistas, transformados *motu proprio* en gaceteros y artesanos, de aquella pléyada juvenil, voluntariamente consagrada a un oscuro sacrificio a la cual nada esperaba ni espera, han muerto ya los mejores.

Atrás quedan Fray Juan Laureano del Corazón de Jesús, enterrado en vida, Teodosio Vesteiro Torres, Sergio Carneado, Narcisca Pérez de Reoyo, Rita Corral, Segismundo de Castro, Eduardo Álvarez Pertierra, Ramón Legrande y Andrés Muruais, arrebatados al mundo en los comienzos de una esplendorosa carrera, y de cuyas empresas colectivas durará algún tiempo la fama; pero de cuyos nombres e individuales esfuerzos no subsistirá muy en breve rastro alguno.

Sea, pues, permitido al menor e inferior de los superviviente enaltecer en conjunto la buena memoria, el rudo trabajo y los mal pagados servicios de sus antiguos camaradas, al mismo tiempo que retrate y describa la típica personalidad del más bravo, del más fiel, del más sincero y entusiasta de todos.

II

Era cosa de ver, – en aquella bronca noche de principios del invierno, a poco de encendidos los reverberos de petróleo cuya tenue luz removida por el vendaval danzaba fantásticamente en las resbaladizas baldosas, y sobre cuya montera caían, despidiendo metálicos gemidos, las últimas gotas del último chubasco – cómo por el Preguntoiro y Cuesta de S. Pelayo bajaban a escape tendido, ciegos al par de cólera y de espanto, quince o veinte transeúntes, quizás los únicos que a tal hora y en pleno periodo revolucionario se habían atrevido a circular por las calles altas de la ya muda ciudad de Compostela.

Cuando con ellos tropezaba algún pacífico burgués que iba en dirección opuesta, asustado el hombre al contemplar la imprevista fuga y adivinando cualquier horrible riesgo, giraba al punto sobre los talones, y se incorporaba no menos ágil, al grueso de los fugitivos.

Detrás de estos, corrían, sin estrechar aunque bien pudieran, las distancias, bastón en ristre y exhalando a intervalos en medio de gozosas carcajadas, alaridos tremebundos, dos jóvenes

estudiantes, a quienes por la traza no movía ningún mal propósito sino el laudable y santo de adelantar el toque de cobre fuego. Habían presentido sin duda la inquietud que en noche tan brusca y en tiempos tan difíciles debían experimentar las madres, esposas e hijas de los santiagueses callejeros, y procuraban servir las devolviéndoles antes del plazo calculados los respectivos hijos, padres y cónyuges, siquiera para lograr su noble fin, tuviesen que apelar a no muy justificados recursos.

Dios me perdone si lo revelo, pero es lo cierto que entre los perseguidos galopaban también cual simples ciudadanos dos o tres representantes de la autoridad, de los llamados por aquellos días *villéns, morcegos y logroños*.

Al llegar al Riego de Agua, se dividió la tromba, hacia la Rúa Nueva una parte, hacia la del Villar la otra; ésta mucho menos feliz, pues tras ella siguieron a paso más vivo los inclementes perseguidores, metiéndola y metiéndose con fiero empuje por los angostos soportales.

¡Qué sorpresa y qué susto el de media docena de paseantes que por allí daban a pesar de la mala noche sus cotidianas e imprescindibles vueltas...! Pero, eso sí, en un minuto se hicieron cargo del peligro, y sin meterse en más averiguaciones, ni mirar si había o no había modo de oponer la debida resistencia, terciaron manteos, esclavinas y capas, y veloces como el viento apretaron a correr todo a lo largo del túnel.

Por fortuna, los dos modernos Atilas estaban satisfechos, y algo alarmados tal vez, del éxito de la caza, con lo cual se sintieron inducidos a misericordia.

Así fue que, renunciando a la gloria, se eclipsaron de golpe en cierta posada celeberrima que hacía el promedio de la calle, la cual gozaba, y aún gozó largos años, privilegio de exención ni más ni menos que las *Iglesias frías* exceradas en sublimes versos por nuestro gran Manuel Curros...

Vive todavía, aunque ya transformado por completo, uno de los descomedidos cazadores, de cuyo nombre y circunstancias no hay para qué tratar en este sitio; el otro, que era el mejor, el más atrevido, el más caracterizado, descansa desde el 22 de octubre de 1882 en el campo-santo de la ciudad de Pontevedra.

Doce años antes, llamábase Andrés Muruais, y cursaba en Santiago la Facultad de Medicina.

Alto, flaco y ligeramente encorvado, según conviene a las palancas de hierro, destinadas a levantar grandes pesos; de cabello castaño y barba multicolor, espesos e hirsutos como las púas de un cepillo; pequeña la cabezas y coloreado el pálido rostro por los vestigios de la viruela; dislocado en el andar pero fortísimo de contextura; poco cuidadoso del vestido, aunque sin asemejarse nunca, bajo tal concepto, a los poetastros del oficio, de quienes con tan mala intención se mofa el buen Horacio; todo él brazos y piernas, un tanto pariente por el aspecto exterior del imaginario D. Quijote, y dotado en realidad con las virtudes, si bien con ninguna de las aprensiones atribuidas al héroe manchego, fijaba desde luego la atención por sus dos rasgos característicos: la sonrisa y la mirada.

Franco, jovial y sin reserva ni doblez la primera, descubriría al punto la índole afectuosa, los nobles instintos, el carácter igual, y la bondad a prueba de aquel gigante que en el fondo era un niño; la segunda, apacible y burlona en tiempos normales; apenas se inflamaba a impulsos de la indignación, el desdén o la cólera, salía rápida, como un dardo lanzado por el arco de las cejas, y parecía real y verdaderamente aguzada en sutilísima punta.

Dijérase entonces que en aquel hombre, más bien rojo que moreno ni rubio y de pupilas no grises ni azules sino verdes, resucitaba el suevo de los siglos quinto y sexto, por un misterioso fenómenos de atavismo.

Tenía, en efecto, la misma irascibilidad contra los fuertes, la propia delicadeza para con las mujeres y los niños (de quienes fue muy amado), igual sed de grandes batallas, ansia idéntica de desconocidas aventuras; cabeza de granito, brazo de hierro, corazón de oro.

Siempre dispuesto a saltar al pescuezo de un enemigo real o imaginario, con la mano a todas horas tendida y el bolsillo abierto a los menesterosos, cándido y sutil, picaresco y trágico, liberal y vengativo, poseía, amén de tan opuestas calidades, y tal vez como resultante de ellas, ese prodigiosos imán que ejerce invencible atracción en el ánimo de las colectividades, y cuando llega el caso en el de las muchedumbres.

Juzgándole, a título de poeta en *Semblanzas galicianas*, su malicioso e ilustradísimo hermano Jesús dijo de él lo siguiente:

Cuando no halla consonante,
Mira con gesto anhelante
Si al alcance de su brazo
Hay alguna musa errante
Para darle un puñetazo...

El mismo procedimiento que con las musas, (por supuesto, metafóricamente hablando) empleaba con los hombres. Verdad es que para hacerse amar e imponerse, le ayudaban a medias su generosidad sin límites y su sin par bravura.

Díganlo sino los dos siguientes casos, harto más expresivos que cualesquiera comentarios o amplificaciones.

Corría, si mal no recuerdo, el invierno de 1870 a 1871. Escolares y artesanos, aunque identificados entonces en la comunión de las ideas democráticas, andaban por espíritu de cuerpo – según añeja costumbre – violentamente desunidos y no perdían ocasión de manifestarse el odio mutuo, apenas la casualidad ponía los unos en presencia de los otros. A pesar de ello, Andrés acompañado de varios conmitones entró una noche en el local donde danzaban los contrarios, hízose respetar de estos con su actitud amenazadora, y terminada la fiesta, se salió y tomó la vuelta de su casa, solo, reposado y tranquilo.

A la boca de una oscura callejuela, dos o tres traidores, acometiéndole a pedradas por la espalda, dieron con él en tierra, le dejaron por muerto y se pronunciaron en cobarde fuga.

Muruais tenía la vida dura, y aún no eran pasados los días cuando con la cabeza entrapajada y un brazo en cabestrillo, sin pedir compañía a nadie, se puso a recorrer uno por uno los talleres, en medio del espanto mudo de los menestrales que le veían entrar y salir como una aparición vengadora. Reconoció al cabo al traidor, cuyo rostro había entrevisto la noche del siniestro al recibir el primer cantazo, y cogiéndole de los cabezones le aplicó formidable vapuleo, sin que ninguno de los compañeros de oficio se atreviese a oponer el más mínimo reparo.

Años después, al final de su vida estudiantil, y cuando ya se habían calmado sus ímpetus guerreros, hallándose en el ambigú del célebre ex Liceo de San Agustín, donde se celebraba otro baile de artesanos, fue acometido de improviso por unos cuantos beodos. Él y dos atléticos colegas que pacíficamente cenaban sin pensar en bullicios ni aventuras, al ver que nada conseguían por las buenas, asieron cada cual de un taburete, cargaron a los agresores, observando que con estos hacían causa común casi todos los danzantes, desalojaron en un periquete los salones, y no contentos con tan señalado triunfo, echáronse a la calle en persecución de los fugitivos.

En cuanto, desaparecidos los demás, cayó malamente lastimado el último, se desvaneció como por ensalmo la justa cólera del buen Andrés, ya convertido a súbita misericordia. Sin cuidarse del riesgo judicial ni de la curiosidad de las gentes que, a punto de amanecer empezaban a circular por las calles, y escuchando tan solo la voz de su corazón, se echó al hombro el contuso, le llevó a su posada, le cedió el propio lecho, y no permitió que saliera sino completamente sano, bien provisto de ropas y transformado para siempre en afectuoso amigo.

De tal suerte, con su fortaleza indomable y su liberalidad inextinguible, supo captarse en Santiago y Pontevedra, mejor dicho en Galicia toda, el amor de trabajadores y obreros, de quienes fue pronto consejero y protector nato, y a cuya fraternal adhesión correspondió hasta la muerte con bondadosa ternura.

Acabándose estaba, y los médicos habían mandado desalojar la alcoba —«Paciencia, y no dejes pasar a nadie», dijo a su hermano Jesús, el pobre enfermo, pero arrepintiéndose enseguida añadió: —«Salvo si viene algún artesano». Y no hubo más remedio que abrir la puerta a los individuos del *Orfeón Obrero y Pontevedrés*, bautizado por el moribundo con el nombre de *Los Amigos*.

De igual modo, al par que con su talento poético e ingenio peregrino se había conquistado las voluntades y los corazones de la gente escolar que entre 1869 y 1874 le tuvo por capitán y modelo.

Con ella fue a los clubs republicanos y apedreó los casinos tradicionalistas; organizó coros, en los cuales lucía su voz de

tenor no menos falsa que aguda, corrió pertigueros y menagos, deshizo tertulias domingueras, persiguió *verbo et opera* en feroces letrillas y por medio de pantagruélicas burlas a las recalcitrantes patronas, amparó a las damas dispersando alguna vez a puñetazo limpio los curiosos impertinentes –amigos algunos– estacionados a las puertas de un templo, y alma de todas las serenatas, diabluras e invenciones, director obligado de todos los enredos, partícipe, discreto o indiscreto según los casos, en todos los devaneos, sorpresas, raptos y amoríos, cerró dignamente el último glorioso ciclo de aquella Universidad compostelana, un tiempo tan característico, poética y batalladora como las celebérrimas de Heidelberg y Estrasburgo.

Médico era ya en el distrito de Catoira, y todavía cuando iba a Santiago, se congregaba en torno suyo la juventud de las escuelas, pidiéndole versos y canciones, solicitando su concurso para todo linaje de empresas, honrándose con su póstuma dirección y jefatura, creciéndose al contacto de su legendaria valentía.

Aún hoy, los alumnos de vigésimo año, los viejos zorros y casas musgosas de Fonseca, al ver como van los petímetros almibarados, al paso que van de capa caída [en la doble acepción de la palabra] las pretéritas costumbres, invocan el nombre de Muruais y exclaman con honda melancolía: “¡ay, si viviera!”

Otro tanto acontece a los artesanos, particularmente a los de Pontevedra, organizados por él en clubs políticos, sociedades cooperativas y orfeones.

Pocos días ha, el que esto escribe, lleno de dulce emoción, oyó en Vigo a varios miembros de la Coral *Los Amigos*, que salían de un Certámen, una frase elocuente y afectuosa como ninguna.

–«Sí D. Andrés viviera, con más justicia se nos hubiera tratado.»

III

La pasión por excelencia, el culto verdadero, la religión única del malogrado poeta gallego muerto a los 31 años de edad,

(había nacido a 20 de noviembre de 1851 y pasó de este mundo en 21 de octubre de 1882) fue Galicia.

Amó la tierra natal con ímpetu celoso y una susceptibilidad enfermiza, arrastrado por los cuales hubiera sido capaz de los últimos extremos y las mayores locuras.

No era de estos gallegos de hoy, enamorados de su país pero exentos de la fe que conmueve y transporta las montañas, sino de aquellos otros que no contemporizan ni transigen, que adoptan el error y la imposibilidad sin vacilación alguna, y que caminan, tanto les da que sea para triunfar como para morir, en busca de una soñada independencia. Creía, poniendo quizás en lo justo, que para redimirnos, dada la remota fecha de nuestra autonomía histórica, se necesitaban una afirmación sangrienta y una catástrofe formal, más formales y sangrientas que la tentativa póstuma iniciada en Abril de 1846 por Antolín Faraldo, a las cuales deliberadamente se arrojasen unos cuantos hombres de buena voluntad, resueltos a comprar lo porvenir, al precio de su sangre y su derrota.

Puesto que no cabe para la tierra natal la restauración de su añeja y nunca muy clara nacionalidad política, tal vez pensaba bien el entusiasta Andrés, al suponer que de aquel modo se conseguiría al menos un resultado ventajoso: el renacimiento de nuestra autonomía literaria.

Para lo uno y para lo otro se hallaba apercebido y dispuesto. Recuerdo que a raíz del 8 de enero de 1874, muerta pero aún no enterrada la República, me escribió diciendo: «si encuentro dos o tres docenas de voluntarios, proclamo el cantón gallego», según era de esperar le aconteció lo mismo que a Abraham en el valle de Pentápolis, no aparecieron ni diez varones justos.

Se declaró desde entonces, con más intransigencia que antes, mantenedor del sistema federativo, fundó comités y dirigió un numeroso partido en la ciudad de Pontevedra, más no en verdad porque le preocupasen los futuros destinos de España ni por devoción a las teorías de D. Francisco Pi, sino a impulsos de aquel noble egoísmo innato, por cuya virtud tuvo la República Federal tantos partidarios gallegos, desde el principio hasta el fin del periodo revolucionario.

Este desapoderado amor suyo, esta filial e incontrastable idolatría se manifestaban por igual en lo grande y en lo pequeño.

A mediados de 1875, se creó en Madrid, – donde él se hallaba entonces y se aburría de lo lindo, puesto que arrancarle de la Herrería e impedirle asistir a las romerías de seis leguas a la redonda, equivalía a matarle,– una sociedad titulada *Galicia literaria*, en la cual se alistaron casi todos los hombres de pluma de las cuatro provincias, entre ellos algunos tan ilustres como los ya perdidos Francisco Añón y Teodosio Vesteiro. La sociedad que se reunía semanalmente en amenas e íntimas veladas, trató pasado algún tiempo de publicar un libro *Los gallegos pintados por sí mismos*, en cuyas páginas se retratasen y describiesen los tipos y costumbres populares de nuestro mal conocido territorio. Aprobaron todos la idea; todos menos el patriarca Añón y el intransigente Andrés, que temerosos del ridículo que podría caer sobre Galicia [y estaban en lo firme según se vio luego en la *Menestra* del malogrado Guissasola] protestaron con furiosa energía, y visto que nada conseguían por sí solos, abandonaron el local mandando noramala a sus amigos, paisanos y deudos.

Por idénticos motivos, él, que poseía sobresalientes condiciones de poeta castellano, y que hubiera llegado a obtener un puesto distinguido en el Teatro, se consagró pronto y con afán exclusivo al dialecto, instintivamente convencido de que la lengua propia es el mejor baluarte y el único remedio para un país moribundo.

Olvidando sus bellas, enérgicas y filosóficas composiciones líricas *Un día en el convento*, *A una fea*, *El canto del negro*, *El cuervo marino*, etc., así como el brioso aunque hinchado ensayo dramático *La hija del timonel*, y la retozona zarzuelilla *Percances de un viejo verde*, respectivamente estrenados con gran éxito en Pontevedra y Santiago, abordó el cultivo del habla gallega y entró de lleno en el áspero e ingrato sendero del periodismo.

Redactor infatigable de los órganos locales *El Deber*, *la Constancia*, *El Porvenir*, *la Paz*, *El Anunciador*, y *El Lérez*, fundó y dirigió desde 1881 hasta la hora de su muerte *El Independiente*, colaboró en todas las revistas, e hizo en artículos y gacetillas, en serio y en broma, en prosa y en verso, eficazísima

cuanto redentora propaganda no por los ideales políticos, sino por los intereses materiales e intelectuales del bien amado territorio.

Nada tan radical y extraño, sin embargo, como su metamorfosis poética.

Él, que, escribiendo en español prefería el consonante endecasílabo y gustaba de las más nobles combinaciones métricas; él, que propendía a la declamación y cuya musa humanitaria se complacía en protestar contra los eternos votos, en comparar el recibimiento hecho por el cardenal-arzobispo de Toledo al herético príncipe de Gales con la avaricia del clérigo que al mismo tiempo negaba a un católico pobre la sepultura eclesíastica, en señalar las antinomias de una religión que perdona a sus enemigos en el Calvario y los fusila en el Norte, en estigmatizar la esclavitud, y en combatir la ley de razas, las supersticiones, los prejuicios y los privilegios, al adoptar el gallego tomó rumbo contrario, amó la campesina simplicidad, no quiso escribir sino en romance y se hizo pintor de género, cuando en realidad disponía de aptitud suficiente para serlo y muy notable, de historia.

Sus cantos de guerra, se trocaron en picarescos idilios, sus metafísicas abstracciones en cuadros de costumbres, e identificándose con el espíritu de su raza produjo cuatro joyas: *Unha de paus*, *O bautizo*, *O enterro* [esta no acabada] y *Cousas de mozos*, que están llamados a figurar en la biblioteca clásica de literatura regional ni más ni menos que con *Desconsolo*, de Alberto Camino, *O magosto*, de Añón, *A probiña que esta xorda*, de Rosalía de Castro de Murguía, *A campana d'Anllons*, de Eduardo Pondal, *Non fules d'eso*, de Benito Losada, *O arco da vella*, de Juan Barcia, *O verme*, de Valentin Lamas Carvajal y *O Mayo* de Manuel Curros.

Es acaso mejor por lo bellamente realista *Cousas de mozos* endiablada paráfrasis de la célebre copla popular:

“Unha noite no muiño,
Unha noite non é nada;
Unha semaniña enteira...
¡esa sí qu'e muiñada!”

Estoy, no obstante, y de nada sirve mi opinión humildísima, por *Unha de paus*, en la cual se me antoja ver, oír y tocar el país antero.

Hasta en la exposición del hecho y la preparación del cuadro está indicado el carácter genuino de nuestros labriegos, amigos todos de prolongar con detalles y perfiles el relato de un importante suceso y de no entrar en materia sino a vueltas de un dilatadísimo exordio.

—No adro de Santa Comba,

Comienza el poeta, «a la hora en que declina el sol, y se retiran los pájaros y salen a merodear los mochuelos, y las viejas con la rueca en la cintura preparan sus candiles...»

Así continúa con una descripción incomparable del crepúsculo, en la cual prende y un momento extravía a los lectores, hasta que cortando el inciso con un golpe brusco resume por adelantado lo que todavía no les ha dicho:

«Mallaromnme ben o lombo...
¡Jesus! ¡nunca Dios me déra...!»

He ahí resumidos en felicísimo consorcio la inspiración y el arte.

En *El Bautizo* y *El Entierro*, se nota un asomo de censura contra ciertas supersticiones populares, especialmente contra aquella según la cual ha de ser el caminante que a media noche cruce un puente, quien de grado o por fuerza bautice con las aguas del río el último vástago de la madre cuyos hijos se malogran; más no hay en una ni en otra composición, asperaza ni mal humor bastantes para enturbiar el encanto poético y la agreste belleza del asunto.

Adnrés Muruais con su malignidad y su vigor ingénitos muestra en toda ocasión una ternura y suavidad que no tardan en apoderarse del ánimo; habla un idioma fácil, inteligible, ecléctico, si así cabe decirlo, superior en gran manera a los subdialectos de que se sirven la mayoría de los poetas regionales y lleva además la ventaja de no apelar nunca a las voces chabacanas o groseras con que, de ordinario envuelven y realzan aquellos sus dudosos chistes.

Modelo de sencillez y nobleza, al par que de sentimiento provincial es el himno *A Galicia* premiado en el Certamen pontevedrés de 1880, así como lo son de espontáneo donaire multitud de letrillas y romances publicados los unos, dispersos o inéditos los otros. En todos corre suelta el habla sin hincharse ni envilecerse, en todos se deja ver *ligera, sagrada y alada* la eterna y única poesía.

Poco menos puede afirmarse de los apropósitos escritos para las fiestas carnavalescas con que tres años seguidos obsequió Pontevedra a una alimaña entre fabulosa y municipal inventada por Andrés y bautizada con el nombre de El Urco.

De estos apropósitos solo el primero anda impreso, aunque vale hartos menos que el segundo, pero ambos están aderezados, en medio día o un día, con rabiosa mostaza, y son tan aplicables a las personas y las cosas de la Atenas galiciana cuanto lo fueron a las de la griega las desenfadadas comedias de Aristófanes.

Para mayor semejanza, el autor tomaba parte como autor principal en el desempeño de su obra, lo mismo que en las cabalgatas, asedios y justas que durante las épocas citadas convertían en teatro la población entera y en compañía dramática toda la población masculina.

A bien que el pobre joven, ordenador constante de zambras y regocijos, alegría de los salones, vida y rumor de las calles, galán y maestro de capilla en las serenatas nocturnas, e infatigable enemigo de los cotidianos ocios, era el alma de Pontevedra.

Así se explica la inmensa pesadumbre con que las gentes, sin distinción de clases, ni excepción de envidias, lloraron y lloran su muerte prematura, tanto más sentida cuanto menos esperada.

Hasta el instante crítico, unos y otros le creyeron ligeramente afectado de una neurosis del gran simpático, ateniéndose al diagnóstico del propio enfermo; nadie al verle jovial y alegre como en los mejores días pudo presumir que devorase con la serenidad de un mártir padecimientos y torturas atroces, y ni aún después de comprobado el aneurisma de la aorta abdominal hubo muchos que diesen fe al dictamen facultativo.

Dulces errores de la amistad rebelde, desvanecidos en brevísimas horas por un supremo desengaño...

¡Benditos, no obstante, sean ellos que facilitaron el tránsito del muerto, y que aún hoy mantienen intacto su recuerdo en la memoria de los vivos...!

¡Benditos sean ellos, ya que a su influjo en la mesa del festín y en las artísticas contiendas, en los íntimos coloquios y en las congregaciones de la muchedumbre, entre las filas del orfeón que pasa, y en los bancos del esquife que remonta las plácidas aguas del Lérez, se reserva todavía un puesto vacante, por si dejando el cielo donde asiste quiere venir a ocuparlo la venerada sombra...!

IV

Recuerdo que al volver a Galicia, ahora hace un año, después de cuatro largos de ausencia, pareciome el suelo natal más que nunca hermoso, pero también me produjo el efecto de un país despoblado, de una gran casa vacía.

A las pocas horas de haber saltado en tierra, subía, preso de vaga distracción, las escaleras del liceo de Pontevedra, cuando llegó hasta mí una voz aguda, muy familiar y grata al oído, que desde abajo me llamaba por mi nombre.

Era él, que noticioso de mi imprevista arribada había corrido en mi busca y que me abrazó con toda mi alma, aunque no con el vigor de otras veces.

Con él estaban, y con igual efusión me acogieron, dos fieles y comunes amigos, los últimos de una legión de hombres fuertes que según atrás queda dicho, dejó perenne memoria en los fastos universitarios, no tanto por el aprovechamiento académico, grande sin embargo en algunos, cuanto por la originalidad y bizarría de todos.

Dios sabe que entonces, y solo entonces me creí devuelto de veras al suelo patrio, y que al contacto de aquellas recias manos, de aquellos nobilísimos corazones, resucitaron de golpe la vida pasada y la juventud perdida.

Me sentí con diez años menos, olvidé en un punto las tormentas y pasiones de antaño, reapareció en mi el hombre viejo o para hablar con exactitud el antiguo mozo, y me encontré en la

propia situación del que despierta al sol de una gozosa mañana de primavera, tras una negra noche de abominables pesadillas.

Allí me esperaban, risueños como siempre los cariñosos e intrépidos camaradas. Nada había ocurrido desde la víspera, ninguna ilusión había naufragado en el intervalo; los pesares añejos y los novísimos amores, la experiencia en mal hora alcanzada y la fe carcomida por el óxido, los repetidos fracasos y los insignificantes triunfos, no eran sino engendro vago de unas cuantas horas mal dormidas.

Puesto que ya otra vez nos hallamos juntos ¿a qué batalla nos tocaba asistir? ¿qué empresa debíamos acometer? ¿iríamos en demanda de aventuras mezquinas, o bien a la conquista de cualquier vellocino de oro, todavía no descubierto por argonauta alguno?

Agotada la primera alegría, me causó impresión dolorosa el aspecto de Andrés, cuyos ojos amortiguados, terreo semblante y pecho hundido claramente acusaban o una terrible dolencia o una vejez prematura; bien es verdad que me tranquilicé al saber que se hallaba convaleciendo de una penosa enfermedad y que participó muy pronto, ayudado por un afectuoso optimismo, de la confianza de sus deudos e íntimos, a quienes por la frecuencia del trato no era dable apreciar multitud de síntomas funestos.

Nos separamos a poco, no sin haber antes recorrido las encantadas márgenes del Lérez, a donde subieron a buscarle los menestrales sus amigos en dos lanchas cubiertas de ramajes y coronadas de flores.

¡Tarde serena...!

Se ponía el sol, y las dos poéticas barcas tripuladas por cantores y músicos semejabán las clásicas galeras a cuyo bordo iban todos los años los atenienses a sacrificar en el ara de Venus Afrodita. Lejos me hallaba yo entonces de sospechar que en realidad se parecían a aquella otra nave, triste y lúgubre, aunque también vestida de ramaje espeso, en la cual eran conducidos los mancebos y vírgenes cretenses al foso del Minotauro...

Al mes y medio escaso, recibí en Madrid la infausta nueva, y no mucho después el encargo de escribir un prólogo, a manera de semblanza, para esta corona fúnebre.

Sin empacho lo confieso, a fin de que no recaigan sobre los iniciadores y ejecutores del piadoso obsequio inmerecidas censuras, tres veces he emprendido la tarea e interrumpido a otras tantas, al ver como, pese a mis desesperados esfuerzos, salía abrazada con la original y simpática personalidad del muerto la vulgar e insignificante del biógrafo.

Me decido al fin a rematar la empresa, confiando en que no se atribuirá a pueril vanidad lo que es obra y recuerdo de entrañable cariño, pues harto deben saber no pocos de los lectores cuanto ha habido de común entre el que descansa al otro lado del eterno río, y el qué, nublados los ojos, tiene que refrenar en el duro trance presente la propia e inconsolable pesadumbre, para escribir de la mejor suerte posible un amoroso epitafio.

Después de todo, solo los que en su intimidad vivimos, los que durante años largos participamos de sus sentimientos e intuiciones, los que con él habíamos contraído fraternal parentesco a fuerza de vagar en compañía por los ámbitos escolares y por los limbos de la política y la literatura conocemos a ciencia cierta su valía y la extensión de una perdida por distintos conceptos irreparables.

El arbusto tronchado por los vientos antes de llegar a cumplido desarrollo, el capullo que se desprende del tallo, cerrados todavía los pétalos, la niña muerta en los albores de la pubertad, causan lástima mayor que la doncella, la flor y el árbol agostados en la plenitud del estío, y dejan entre los vivos más alta idea de grandeza y hermosura.

Tal sucede por ley natural con los artistas.

Cuando se parte alguno, cuya inspiración no ha tenido tiempo de fructificar y sí apenas de florecer, experimentamos hondo duelo, no tanto por lo que de hecho hemos perdido cuanto por lo que de derecho esperábamos.

Mal obrarían ahora los que, al considerar el prematuro tránsito del poeta, procediendo de igual modo le incluyesen entre los efímeros meteoros que de golpe se apagan sin saber por qué ni para que han lucido. Andrés Muruais, con perfecta noción de su destino, trabajó sin descanso en las más contrapuestas faenas y murió, – es verdad, – sin dejarnos un producto intelectual

coleccionado en gruesos volúmenes, pero seguro de haber cooperado como pocos a la obra magna de su país y de su tiempo.

Su labor fue de aquellas para las cuales no hay término dentro de la vida de un hombre; su combate, de aquellos que no concluyen en derrota ni en victoria, porque a su evolución completa no bastan días, antes se necesitan años cuando no centurias.

Alentado por un instintivo heroísmo, buscó sin tregua la fórmula y el modo de aplicarlo a la época y la tierra en que había nacido, en medio de las juveniles pasiones estuvo siempre armado y dispuesto a la gran batalla futura; más como no llegó la ocasión propicia, hubo de caer a la postre; abrasado por el mismo fuego interior y rendido al peso de las inútiles armas.

Podrían clasificarlo los extraños entre los dioses menores del moderno Olimpo, los que le amaron y entendieron saben harto bien que a este pobre Alcides no le faltaron valor ni alientos sino leones o hidras para alcanzar elevado puesto entre las deidades mayores.

Por eso he procurado yo evitar el error en que incurriría Galicia, si al acercarse a la sepultura de Andrés Muruais viese tan solo los despojos de un poeta malogrado, allí en donde yacen los de una generación entera.

ALFREDO VICENTI

Agosto de 1883.

Viendo que semejantes a las flores
Que el huracán en su furor deshace,
Estos después de aquéllos
Llenos de vida y de esperanzas caen
Al entrar en la lid, donde con gloria
Por la patria combaten;

Tal como el pobre abuelo que contempla
Del nietecillo amado los despojos,
Esclamo [*sic*] alzando la mirada al cielo
De angustia llena y doloroso asombro:

¡Pero es verdad Dios mio! que ellos mueren
Y quedamos nosotros!

ROSALIA DE CASTRO DE MURGUÍA
Padrón.

A LA MEMORIA DE ANDRÉS MURUAIS

Otra lágrima fiel sobre una tumba;
Otra plegaria que el dolor inspira;
Otro eco más que en torno triste zumba,
Y otro nuevo crespón en nuestra lira.

Vates gallegos, del laúd sonoro
Un gemido arracad, cual don postrero,
Y que arrulle ese canto en dulce coro,
El sueño del perdido compañero.

Murió el cantor, mas vive en su memoria,
Que halla en el alma perenal asiento,
Su nombre con laurel graba la historia,
Y rico altar le ofrece el pensamiento.

Por él una oración: prenda es del alma
Que en el sufrir todo mortal respeta,
Y tejamos al par la verde palma
Junto a la fría tumba del poeta.

EMILIA CALE TORRES DE QUINTERO
Madrid, 1883

UN RECUERDO A ANDRES MURUAIS

Dirá el mundo: “Cumplida ya su suerte
inútil es llorar.
Todos por esa calle de la muerte
tenemos que pasar.”
Mundo, escucha. Su frente de poeta
doraba la ilusión:
acaso sed de gloria, sed inquieta
quemó su corazón.
Como Chenier, el vate peregrino,
¡quien sabe si al morir
a la tumba se lleva algo divino
que no alcanzó a decir!
Cercan las musas el sepulcro abierto,
se inclinan hacia él,
y murmuran “¡Quizás!...” y sobre el muerto
deshojan un laurel!

EMILIA PARDO BAZAN
Coruña, 1883

¡LLORA!

¡Patria mía! ¡Patria mía!
¡Patria eterna del dolor!
Pobre madre sin ventura,
Cuyo pecho desgarró
Siempre cruel el destino
Sin piedad, ni compasión,
¡Llora, infortunada patria!
No des tregua a tu aflicción,
Que si yo perdí un hermano,
Pues por sus venas corrió
La misma sangre que vida
Le presta a mi corazón,
Tú perdiste de tus hijos
Quizá, Galicia, el mejor.
¿Quién, Galicia infortunada,
Como él tus glorias cantó?
Al derramar los raudales
De su rica inspiración
En tu tan dulce dialecto,
En sus cantares rindió
A los lares y a la patria
Santo homenaje [sic] de amor.
¡Llora, pues, Galicia hermosa
Llora, como lloro yo,
Riega con llanto su tumba,
Que hemos perdido las dos
En el inspirado vate
Que la muerte arrebató,
Yo un hermano a quien me unía
La sangre y el corazón,
Y tú, de todos tus hijos,

Quizá, Galicia, el mejor!

FILOMENA DATO Y MURUAIS
Orense, 1883

**A LA MEMORIA
DEL MALOGRADO VATE GALLEGO
ANDRES MURUAIS**

Pulsar la lira cuando siente el alma
Doliente malestar, profunda pena;
Cuando la mente de recuerdos llena,
Pierde la calma.

Cuando el campo no tiene ya colores
Ni ofrece sus encantos la pradera,
Ni canta el ave tierna y placentera,
Ni en el bello jardín nacen las flores

.

La tierra está desierta:
Le falta animación, le falta vida.
Solo al llanto y pesar hoy nos convida
Porque de amargo luto esta cubierta.
Estiéndense [*sic*] doquier negros crespones,
Sombras tan solo cruzan el espacio,
Oculta el sol su disco de topacio
Tras espesos y tristes nubarrones.
¿Porqué [*sic*] tanta amargura y duelo tanto?
¿Porqué [*sic*] tal desconsuelo?
¿Porqué [*sic*] se elevan con pesar al cielo
Nuestros ojos bañados por el llanto?
El templo de Minerva se conmueve,
Ocúltase la bella fantasía
Y el raudal de la hermosa poesía
A mostrar sus encantos no se atreve.
Y hasta en los fieles corazones nace
Un triste sentimiento;
Es un grito del alma, es un lamento,
Para el que dentro de la tumba yace.

Él ha sido la antorcha brilladora
Que al mundo iluminaba;
La luz esplendorosa que irradiaba
Difundiendo su lumbre seductora.
Ha sido el ruiseñor cuyos cantares
Apasionadas quejas parecían;
Sus bellos pensamientos conmovían
Y encerraban encantos a millares.
Mas todo acabó ya; renombre, gloria,
Armonías, brillantes pensamientos,
Talento, inspiración, dulces acentos,
Todo encierra la losa mortuoria
.
.
.
Permite que a tu numen sin segundo,
Un eterno recuerdo tributemos;
Permite que cantemos,
Publicando tu gloria por el mundo;
Perdona que la humilde pluma mía
Escriba para ti, Genio del arte;
Perdona que me atreva a dedicarte,
Esta pobre y sencilla poesía:
Pues hoy que por los ámbitos se alzan
Do las liras gallegas los sonidos,
Y en mi bello país están reunidos
Tiernos poemas que tu nombre ensalzan:
Cuando de mis paisanos a porfía
Se escuchan los acentos
Y exhalan sus lamentos
En alas de la hermosa fantasía:
Yo que lejos me encuentro de Galicia,
Lejos de aquella tierra idolatrada,
Sin ver las flores conque está adornada

Ni admirar de su suelo la delicia,
Recuerdo la grandeza de tu gloria,
Uno mi pobre canto a otros mejores,
Cual ramillete de sencillas flores,
Que ofrezco a tu memoria.

HERMINIA B. BESADA
Olivenza, 1883. p. 9-10-11

UN RECUERDO

A LA MEMORIA DE MI QUERIDO DISCÍPULO Y AMIGO DON ANDRÉS MURUAIS

Dulce amigo, guiado de tu anhelo
Puro siempre, aunque adverso a tu reposo,
Cantaste un día en canto bien hermoso
De pobre inspiración el pobre vuelo.
Yo fui el objeto de tu ardiente celo,
Cariño y gratitud mostró piadoso
Tu noble corazón, y yo afanoso
Para ti supliqué ventura al cielo.
Mas ¿quién en dulces esperanzas fía
Si en inesperado instante fiera suerte
Troncha la flor que ofrece óptimo fruto?
Todo desapareció... mas no, tu muerte
Deja profunda pena al alma mía,
De mi leal amor triste tributo.

EMILIO ALVAREZ GIMENEZ
Pontevedra 1883. p. 13

ANDRES MURUAIS

Fue tan breve su paso por la tierra
Tan rápido cayó,
Que un astro luminoso en negro cielo
Su vida semejó.

Pero la chispa de su luz brillante
Galicia recogió;
Para guardarla cual sagrado fuego
Como fulgente sol...

Poetas de la patria escarnecida
Esclavos del dolor;
Preparaos a luchar, que la batalla
El genio la inició.

WALDO A. INSUA.

Habana 1883. pag. 15

ORTO Y OCASO

Flor que entreabre sus pétalos
Para evaporar su aroma;
Avecilla que aletea
Y empieza a piar canora;
Aura que gime doliente
Acaricianlo las hojas;
Gota de agua cristalina
Que rueda sobre la roca;
Nota perdida en el aire
Y que en la atmósfera flota;
Llama que se enciende viva
Y en hoguera se transforma;
Perfume que se dilata;
Canción que en el arpa brota;
Armonía que se esparce;
Voz que se extiende[*sic*] amorosa,
Tal es el poeta
Que arranca del alma su primera nota.

Ola que muere en la arena
Murmurante y quejumbrosa;
Rosa que en marchito tallo
Lentamente se deshoja;
Llama fugaz que se apaga
Como fuente que se agota;
Armonía que agoniza
De la atmósfera en las ondas
Lira que triste enmudece
Saltando sus cuerdas rotas;

Astro errante que se pierde
Escondiéndose en la sombra;
Canción que se desvanece;
Suspiro que se evapora;
Ave que espira[*sic*] cantando;
Queja que muriendo llora,
Tal es el poeta
Que muere exhalando su postrera nota.

J. BARCIA CABALLERO
Santiago, 1883. p. 17-18

MURUAIS

IMPROVISACIÓN

Espirto forte voluntá d'aseiro
Alma de neno y-un xigant'en forzas,
Valente pruma que cal lanza fire,
Niño d'ideas, sí, é non de follas.
O mantedor d'as nosas libertes
Que solo pra Galicia quixo gloria,
Queun podía levar c'a testa alta
De froles é laureiros cen coronas.
Hirman d'o probe, artista como poucos
Que n'a lingüa da terra colgou xoyas,
Mártre querido, esconsolado bardo
Que pisou mais espiñas d'o que rosas...
Tal foi Muruais, ó trovador d'o Lerez,
¡Que dorme xa, pr'a sempre n'unha cova!

LISARDO R. BARREIRO

Santiago

1883.

¡ASÍ MURIÓ EL POETA!

I

Recuerdo sus afanes,
Sus múltiples empresas,
Su amor por nuestras glorias,
Su celo por las letras.
Jamás hallaba obstáculo
Su actividad inmensa,
Para arrostrar peligros
Y combatir sin tregua
Hasta alcanzar un día
El logro de una idea.
Amaba con delirio
La hermosa Pontevedra
Que el bullicioso Lérez
Corriendo por su vera
De su florido manto
La verde fimbria besa:
En ella creó liceos,
Orfeones y academias;
Y del sopor funesto
Que la postraba en tierra
Irguióse a sus acentos
La humilde clase obrera.
Doquier un nuevo centro
Fundaba a sus expensas
El pueblo saludaba
Unánime al poeta
Colmándole de elogios,
Cantando sus proezas.
De su divina lira
Brotaban lastimeras

Patrióticas canciones
O dúlcidas endechas,
Prestábanle las musas
Inspiración excelsa
Para narrar los triunfos
De nuestra amada tierra.
Y de sus tiernos versos
Las típicas cadencias
Con férvido entusiasmo
Hoy todos saborean.
Las justas literarias
A él deben su existencia,
De la ciudad de Teucro
Riquísima presea,
Tan codiciada ahora
De gentes extranjeras.
Infatigable numen
De las mejores fiestas,
Propagador ferviente
De acciones santas, bellas,
Tal era en nuestra patria
Andrés Muruais, el poeta.

II

Empero, llegó el día
En que una infausta nueva
Cruzó rápidamente
La alegre Pontevedra.
El hijo más querido
Que en la ciudad naciera,
El protector del pobre
Que tanto le respeta,
El genio audaz y vivo

Que en todo interviniera,
El inspirado bardo,
El popular poeta
En brazos espiraba[*sic*]
De sus caros colegas.
Dolores los más fieros,
Las más terribles penas
Rendían el espíritu
De aquel robusto atleta.
Murió!... el acerbo llanto
Por las mejillas rueda
De todo un pueblo en masa
Que absorto le contempla
Postrado de rodillas
Y silencioso reza.
Los circos, los liceos,
Las clases más modestas,
Suspenden sus trabajos
Y hasta sus puertas cierran.
El fúnebre cortejo
En prolongada hilera
Se pone en movimiento;
Las lúgubres orquestas
Con misteriosos ecos
El triste duelo aumentan.
¡No hay ojos que no lloren
No hay pechos que no sientan,
Suspiros que no se ahoguen
Lágrimas que se tengan!
De todos socorrido
Con ansia verdadera,
Al espirar[*sic*] rodeado
De un ser que le consuela,
Servido por amigos

Que día y noche velan,
De todos bendecido,
Llorado por su tierra,
Contrito y resignado,
¡Así murió el poeta!

ALFREDO BRAÑAS
Santiago 1883. p. 21-25

ELPOETA Y LA GLORIA

-¿Quién eres, bella matrona,
Que en tu solio rutilante
Con placentero semblante
Me enseñas una corona?
¿Quieres de esta vil escoria
Levantarme acaso, di?
-Anda, si tienes fe en mí,
Y sígueme. Soy la *Gloria*.

-¡Que hermosa! ¡cuánto te adoro!
Tiéndeme presto tu mano
Y deja que goce ufano
Con mis ensueños de oro.
¿Cuando esas hojas divinas
Ceñirán mi frente, oh Diosa?
-Por ser tan linda la rosa,
Punzantes son tus espinas.

-Decir, sin duda, has querido
Que me aguardan tristes años
De luchas y desengaños...
¡Porqué, oh Diosa, has encendido
Esta fé ardiente en mi alma
Si tu estrella no me guía!
-¡Animo! Espera y confía...
¡Tras el martirio, la palma!

-El valor comprendo ahora
De tus halagos traidores:
Espinass en vez de flores
Encuentra en tí el que te adora.
¡No habrá premio en este suelo

Al afán que mi alma encierra!
-Sufre...; el que sufre en la tierra,
Va aproximándose al cielo!

.....

-Diosa, ya hasta ti he subido
Por fin... pero... ¡horrible suerte!
¡Siento en mi pecho la muerte!
¡Para qué tanto he sufrido,
Si es fuerza que ahora sucumba!
¿Quién guardará mi memoria!
-Yo: ¡los hijos de la *Gloria*
Viven también en la tumba!

REMIGIO CAULA
Santiago 1883. p 27-28

A ANDRES MURUAS

Las tres cuartas partes de los poetas,
mueren jóvenes (SAINT-HILAIRE)

¡Y es verdad! Por eso has muerto
En la aurora de la vida,
Que el corazón del poeta
No muchos lustros palpita.

.
Hay espíritus sublimes
Que en grandes almas anidan,
Y surgen de ignotos mundos
Do brota la luz divina;
Y en su rápida carrera
En lucha letal se agitan
Hasta que se restituyen
A las regiones empíreas.
¡Es tan *pequeña* la tierra,
Y tan vulgar y mezquina...
Que por eso, Andrés, huiste
De ella, al comenzar tu vida.
Mas... ¿quién pulsará de nuevo
Tu sacra y potente lira?
¿Quién podrá cantar, ya, nunca,
Himnos a nuestra Galicia?...

ROGELIO CIBEIRA
Carballino, 1883. p 29-30

A ANDRES MURUAIS, MUERTO

SONETO.

Cesado había el cántico sonoro
Que fue a la Patria nuncio de rescate,
Y a la voz del profeta, a la del vate,
Siguió en la tribus silencioso lloro.
Resto inmortal del apolíneo coro,
Sobre las frentes que el dolor abate,
Himno terrible entona de combate
La férrea lira de las cuerdas de oro.
No enmudeció; calló. ¡Gloria al que brega
Con ánimo valiente y diestra brava,
Y antes muere en la lucha que se entrega!
¡Oh, tierra de mis padres, tierra esclava,
Tu redención es huésped que no llega.
Sol esperado en noche que no acaba!

M. CURROS ENRIQUEZ

Madrid, 1883. P. 31

**A LA MEMORIA
DE DON ANDRES MURUAIS**

LA MUERTE

Sigue risueño el hombre su camino
Sembrado de esperanzas e ilusiones;
Lléname el cielo de preciosos dones;
 Afecto, amor, talento peregrino.
La fama alcanzará: numen divino
Inspiraba sus nobles sensaciones;
Llevar en pos de sí los corazones...
Tal era en este mundo su destino.
 Súbito golpe de la airada suerte
 Cortarle pudo tan gloriosa vía,
La materia fugaz dejando inerte.
 Todo ante su mirada sonreía,
Y esa mirada la apagó la muerte!
¡Noche enemiga del luciente día!

CELSO GARCIA DE LA RIEGA
Madrid 1883. p. 33

EN LA MUERTE DE MURUAIS

¡Dichoso aquél a quien un pueblo llora
Cuando a la tumba baja,
Y en pos de sí, como corona lleva
Aureola de lagrimas!

¡Aquél, a quien, muriendo, entre laureles
La patria le amortaja
Y su nombre en el libro de los buenos
Con mano amante graba!

Poeta, tú no has muerto: en nuestros pechos
La gratitud te guarda,
tu nombre el corazón conserva escrito
Con indeleble marca.

Aún se escucha tu voz; aún repercute
Tu acento en las montañas,
Tus canciones patrióticas aún vibran
En valles y en cañadas.

Aquella voz que resonar oímos
En honor de la patria,
Aquella voz valiente en torno nuestro
Arrulladora vaga.

Por qué te has ido, dí, dulce poeta?
El arpa abandonada,
Muda, sin un acento ni un acorde
Quién volverá a pulsarla?

Quien cantará con dulce melodía

Las glorias veneradas
De la noble matrona dolorida?
Quién secará sus lágrimas?

Quién como tu cantaste, las costumbres
De nuestra *Eirin* amada,
Se atreverá a cantar, y a tu dulzura
Quien podrá remedarla?

Todo contigo fue, bardo querido;
Acongojada el alma
Llora en ti la esperanza más querida
Ay! en flor malograda.

Ya tu alma nos dejó, ; desde las olas
Que mueren en la playa,
Hasta la fresca brisa que al destierro
Trae aires de la patria;

Desde la gaviota viajera
Que cruza solitaria
Hasta la que el nordeste arremolina
Nube sombría y parda;

Todo nos trae de ti el postrer saludo
Y la última mirada,
Todo entona por ti triste lamento
Y fúnebre plegaria.

Adiós poeta, adiós; los que en la arena
luchamos con fe santa,
Los que por nuestra madre combatimos
Con férvida esperanza;

Nunca tu amado nombre olvidaremos,

Cantor de nuestra patria;
Entre nosotros vivirá tu espíritu
Unido al eco de tus dulces cántigas.

ALVARO DE LA IGLESIA

Habana, 1882

ANDRES MURUAIS

Flébiles auras do xardin heleno,
Lume da aurora do esplente Mayo,
Ecos do Lérez, e do mar sereno

Run-run lejano;

Rayo da luna d'encantado soño,
Ondas con ella n'ese mar jogando,
Noites serenas de Marin risoño

E de Combarro;

Tintas dos soles do poente rico
Nesas devesas e pinal sagrado,
Tarde d'outono sin iguás, nop ico,

Illa de Tambo;

¿Quén o poeta d'esa magia bella
Vay dend'agora ja feliz pintarvos?
¡Morto é o vate Muruais, estrela

Do galiciano!

Pontes de Helenes, manatiás da Airiña,
Rivas do *Lécon*, reiseñores brandos,
Soaves costumes d'ese chao, viliña

¿Quén vai cantarvos?

Pobo de Teucro, sin rival na esfera,
Aiore, chao, ceyo, paraíso, encanto,
Festas, cultura ¿quén mellor poidera

Darvos adianto?

Sol d'esa vila, corazón e mente,
Ser, alma, lume, verbo e antusiamo,
D'arte e progresos conqueriulle ardente

Groriras e lauro.

Moro é o poeta d'esa Grecia erguida:
Chora tí, Helenes, acogula o pranto;
¡Ai, Pontevedra, na brillante vida

Tés que far alto!
Noite, tenebra, soledá, amargura
Ténden, Galicia, o sempiterno manto:
¡Morta é a gala o nume, a donosura,
Morto ese bardo!

ANTONIO DE LA IGLESIA GONZALEZ
Coruña 1883. pa. 39-40

**UNHA VAGOA
POR
MEU HIRMAN MURUAIS**

¡Tent'Andrés! ¿a onde vas? ¿Porque t'aleixas
D'esta *Eirin*, alma e luz d'os teus cantares?
¡Des cando acá non curas d'os teus lares?...
¡Ah! Vas a spor o ceo nosas mil queixas!...
 ¿Xa non queres tallar grillóns e reixas
 para que Xustiia e Lei, céibas de trabas,
 Acaben co chorar que ti enxugabas
 N'estes probes hirmans q'orfanos deixas?
¡Ai!... ¡foxes d'o fangal! ...¡fas ben!... ¡arriba!
 Un cantor, como tí, n'and' a rastreiro...
Mais para quen nos honrou en corpo e sprito,
 ¡Sempre Suevia erguerá lámpara viva!
 Foi “Patria, Fides, Amor! Teu letreiro...
 Morres bicand'a Cruz... ¡durme bendito!!

FRANCISO MARIA DE LA IGLESIA
Coruña, 1883. pag 41

A GALICIA
ANTE LA TUMBA DE
ANDRES MURUAIS

Spes et Fortuna, valete.

La risueña esperanza y la fortuna
Al conjuro obedientes del poeta
Brillaron otra vez cabe tu cuna.
Hoy, yerto el pecho que ensalzara el santo
Escudo de tus glorias,
torna a llorar ¡oh Patria! Y en el llanto
Destiñe el pabellón de tus victorias.

Orense 1883

sin firmar

N-A MORTE D'UN VATE

Morreu o vate cando imprincipiaba
A sentir e pensar quizais millor:
Canto ulidos mais gratos espallaba
Tallou a morte tan vizosa fror.

¡Dichoso dél, dichoso d'o que morra
É ñore d'esta vida a cativez!
¿Que de loitos e vagoas se n'aforra
O que non chega'o inverno da vellez?

O mundo é festa solo para os que minten
Y triunfan n-el a costa d'os demais;
para todol-os queu pensan e que sinten,
E estreita, escura cárcel... nada mais.

Oer eso anque unha vágoa queimadora
Sobr'a cova d'o vate choro eu,
Non é por él; é porqu'a patria chora
Un fillo escrarecido que perdeu.

BENITO LOSADA
Santiago, 1883

A ANDRES MURUAIS

Descubre uno el corazón que
buscaba, la víspera del día en
que dejará de latir.
(CHATEUBRIAND)

¡Hastra aquí; a este desterro,
Rico soyo en franqueza é humano erro,
A nova veu parar d'a morte súa...!
¡Prob' Andrés! ¿Quen murchou a vida túa...?
Eu c'o a noticia ausorto
Soyo souben sufrir dor tan siñestro,
Quitá-l-a gorra por respeto ó morto
E rezar po-lo amigo un padre nuestro,
Qu'esto é canto nos queda
O camiñar po-l-a inmortal vereda
Dispois de tantas tristes cativeces,
D'o enemigo o perdón, d'o amigo as preces.

Qu'é a vida un meteoro lixeiro,
Copo informe d'escuma,
Grobo de augua é xabron que gasalleiro
Sobe ingrávigo ó espazo, como pruma,
Hastra qu'ó sutil vento
En pinga d'augua ó baixa n'un momento.
“Todo” á síntesis é d'a “Nada” pura,
E d'o cosmo inmortal, d'o ñoto invento
O verze é á nave, o porto á sepultura

.....

Apóstoles de Suevia: un compañeiro
Perdemos de valía;
Tezamolsll'unha croa de loureiro,
Qu'hoxe veste de loito a Poesía

Y as Musas levan lazos c'o seu nome.
Prendido po-l-as fillas d'Eurinome (1)
El era aquel amigo verdadeiro
Qu'entr'elas y á Amistá se repartía;
El quen dispuxo un día
A un mártir d'afeucions esta receta
“Ningun sinte ó que di, todo é falsía,
¿Queres amigo fiel? Búscalo poeta.”
El puxo, en fin, en versos á elocuencia,
E como dixo un sabio xustemente,
O mais grande talento, a mayor cencia,
Consiste en ser así grandilocuente.

¡Durme en pás!... Diante todos esperando
N'as amplitús d'o ceu
Pouco a pouco nos hemos d'ir xuntando
D'os sigros á esperá-lo xubiléu.
Fuxiches dend'o polvo d'os mortales,
Si aínda ó polvo é d'eles,
A rexión verdadeira d'os igoales...
Pelegrin cansadiño,
Namentras nos xuntamos n'o camiño,
Aceta d'un amigo, entre os mais fieles,
A sempre viva escura
Cab'as croas que tés n'a sepultura.

.....

MANUEL MARTINEZ GONZÁLEZ
Cangas 1883.

MURUAIS

Con fuerte soplo la tormenta ruda
La olas mueve del inquieto mar...
Ese mar es la Duda
¿Quién su confín se atreverá a surcar?

Frágil batel de carcomido pino
Tiende sus velas y se interna en él.
¡Desgraciado marino!
Fin horroroso encontrará el batel!

Crecen los vientos, la tormenta crece,
Piélago y nubes se confunden ya,
El batel desaparece
¿Que del marino y del batel será?

Sigue del viento el eternal coraje...
¿Qué del batel y del marino fue?
Termina sus viaje;
Al puerto llega de la anciana Fé.

MANUEL LAGO GONZALEZ
Tuy 1883.

PAG 51-52

**A LA MEMORIA
DEL MALOGRADO E ILUSTRE BARDO BALLEGO
ANDRES MURUAIS**

ELEGÍA

Vuelves, Galicia, a renovar tu llanto
En fúnebre memoria
Del vate esclarecido
Que un día supo en entusiasta canto
Los timbres de tu gloria
Celebrar en tu amor enardecido.

¡Ah! ¿qué hado tan fatal en perseguirte
Tan incansable goza
Que en tus ilustres hijos al herirte
La flecha del dolor clava en tu seno
Y en tu amargura inmensa se alborozas?

Vuelve tu rostro de tristeza lleno
Al reino de la muerte
Do las generaciones
Se hunden en pól de su maldita suerte.
¿Qué ves allí? Gallardos campeones
Que tu preclaro nombre sustentaron
Y con preciosas flores y laureles
Tu inmaculada frente coronaron,
Yacen en sueño eterno sumergidos
Mientras que los crueles
Dolores que te afligen, a la vida
No tornan a esos hijos tan queridos.
Allí la engrandecida
Musa de *Aguirre* enmudeció por siempre,
Musa que un tiempo en vigoroso tono,

La hermosa libertad enalteciendo,
Hizo temblar al déspota en su trono.

Allí reposa el vate que gimiendo
Movi6 los corazones con su canto
El vate aquel que al para de los dolores
Que en su mirada reflejaba el llanto,
Supo ¡oh! Galicia, renovar tu gloria
Narrando de tus ínclitos mayores
El genio y la grandeza...
Vesteiro ilustre de inmortal memoria.

El hado en su fiereza
De tan preclaras víctimas sin cuento
Cubrió el galaico suelo y hoy vibrante
En la región del vaporoso viento
Retiembla un ¡ay! acerbo y anhelante
El corazón al escucharle gime,
Que ese ese ¡ay! el lúgubre recuerdo
De la postrera víctima que imprime
Angustias indelebles en el alma.

¿Pudo cruel destino
Segar en flor tu juventud airosa
Cuando la gloria inmarcesible palama
Fijara de tu vida en el camino?

¿Pudo apagar el fúlgido destello,
De Dios reflejo, que en tu mente ardía,
Trocando en noche umbría
De tu existencia el horizonte bello?

Y ¿quién ahora en dulce melodía
De esta región hispana los primores
Sabrá ensalzar en hechicero canto,

Quien alentarla, acaso, en sus temores,
Quien dar alivio a su angustioso llanto?

Ya tan brioso corazón no late,
Esa robusta voz ya no resuena;
Que ya en torno de ti, sublime vate,
Se oye el rumor de inconsolable pena.

Dichoso, tú, que en la región serena
Donde de eterno día
Disfrutas los celestes resplandores,
Pulsas feliz el arpa que solía
Prestartnos de placer horas mejores.

Dichoso, tú, que en medio de querubes
Alzas un himno de inefable gozo,
Y nunca empañan del dolor las nubes
Tu dicha y tu alborozo.

Dichoso tú!... mas ¡ay! En tu delicia
¿No oyes gemir en lánguido sollozo
Los hijos de Galicia llora
También mi pecho sin cesar foreceja

Con el voraz tormento
Que para siempre arrebató su calma;
También mi infausto acento
Que la amargura de mi vida lleva
A tu morada refulgente eleva
Endecha de dolor, con ella el alma.

JOSE MARIA MONTES
Coruña, 1883.

**A GALICIA
EN LA MUERTE DEL POETA
ANDRES MURUAIS**

¡Ay madre desventurada
Ya vuelves a estar de luto; !
Otra vez en tu mirada,
Se contempla retratada
De nueva pena el tributo.

¿Qué mayor desolación
Viene a turbar tu reposo?
¿Para tan honda aflicción
Dios, no te dio corazón,
Fuerte, grande y animoso?

¡Es que ya te falta aliento
Para males tan prolijos,
Y tu acerbo sentimiento,
Entre los pliegues del viento
Lo lloran tus mismos hijos!

De tu corona de flores
Va arrancando el vendaval
Siempre sordo a tus dolores,
Los mas tiernos trovadores
De la patria regional

Tus mas codiciados bienes
Te arrebató el hado impío;
¡Ya quien te cante no tienes
Las bellezas de tu Helenes
Dormida en el ancho río!

Aquel dulce trovador
Honra y prez de sus pensiles,
En el mundo del dolor
Recuerdos deja de amor
De sus años juveniles.

¿Quién cantará la grandeza
De tus campos y tu suelo?
¿Quién tu mágica belleza,
Si el arpa que fue riqueza
De Galicia, está de duelo?

¿Qué serán tantos trofeos
Como a conquistar corría
En sus inmensos deseos
A los públicos torneos
Que la región le ofrecía?

Su guzla siempre propicia,
La mejor nota arrancaba
Para probar que Galicia
Era el país de la delicia,
Y el rincón que más amaba.

¡Cantor de la selva oscura,
De la rosa y de la hiedra,
En que fúnebre tristura,
Conque solemene amargura
Te recuerda Pontevedra!

Todo es dolor y quebranto
Como desde el Cielo ves;
Y anegadas por el llanto,
Camino del Campo Santo
Van a rezar por su *Andrés*.

Viste, Galicia, las tocas,
Y no las saques jamás;
Pues a la muerte provocas,
¡Y tus *esperanzas locas*
Cumplidas no las veras!

Irán cayendo una a una
Las perlas de tu diadema:
¡Qué es ingrata la fortuna,
Y tu no tienes ninguna,
Y el sufrimiento es tu emblema!!

JUAN NEIRA CANCELA
Orense 1883.

**EN LA MUERTE
DE
ANDRÉS MURUAIS**

Hacedme un sitio, vosotros
Los que al lado de la tumba
Venís a regar con llanto
Flores que el dolor enluta;
Dejadme llegar al borde
De la abierta sepultura.
Que orgullosa do guardaste
Ostenta sus fauces húmedas,
Dibujando una sonrisa
Como monstruosa burla
De la pena que os agobia
Y del dolor que os conturba...
Dejadme probar si puede
Devorar también mis dudas!

Fuerza es que la patria – gritan
A la enhiesta cima suba
Donde le llama su historia
Donde el porvenir fulgura
Y con sus voces la atraen,
Con sus cantares le ayudan,
Y la patria va descalza,
Con sus harapos augusta,
Siguiendo tras de los hijos
Que así por su gloria luchan.
Pero, ay de aquel que consigue –
¡Siempre envidada fortuna! –
Colocarse a la cabeza
De los que la senda cruzan!

Cuanto mayor es su esfuerzo,
Cuanto es mayor su bravura,
Mas presto hallarán sus bríos
La inmensa paz de la tumba.
¿Casualidad? ¿Fatalismo?
¿Castigo de viejas culpas?
Inmaculada es la Patria
Y este sin mancha su túnica
¿Presagio de que no puede
Término hallarse a la lucha!
¡Si durase eternidades,
No flaquearíamos nunca!
Mézclanse a vuestras plegarias
Los sollozos de mi angustia;
Quien sepa rezar, sus preces
Traiga al borde de la tumba;
Los que, sin fe, de la vida
Siguen la espinosa ruta,
Solo amargo llanto pueden
Verter en las sepulturas
Por eso os dejo mis lágrimas
Y vuelvo a llevar mis dudas.

VICTORINO NOVO Y GARCIA

Ferrol 1883

Pag 63-66

Publicado posteriormente en Pag 129-131 de Romancero de Galicia por Victorino Novo García. Con prólogo de Benito Vicetto. La Coruña. Andrés Martínez editor. 1887

Siempre que un alma termina
La condenación humana,
Ante la prisión vacía,
Sin acordarnos del alma,
Sentimos dolor acerbo
Y contemplamos con lástima
Los ya rotos eslabones
De la cadena pesada,
Que a esta tierra de miserias
Al poeta sujetaba
¡Con cuánto gozo, ya libre,
El ave en la selva canta,
Recordando el breve espacio
Y las hierros de su jaula!
Ah! en la gigante [*sic*] lucha,
La vida enciende una llama,
Cuyo resplandor no brilla
Hasta que sube muy alta!

JOSE OGEA
Orense 1883.
Pag. 67

Cal caerá o valente
E magnífico fillo de Pontóo;
Cos soberbios argivos,
En ousada tenzon;
(En donde o craro Simois
Corre nobre e veloz
Para donde natura
Primeiro ó obrigou)
Na sua pompa garrida,
Envolto, como un Dios;
E, resoaran as brillantes armas
Con temeroso son;
E morrendo de si, longa memoria
O famoso deixen.

Tal no rudo combate
Andrés, lanzos e bó,
Somellante a aquel forte
Que honrara o genitor
Caestes, o sembrante
Non volto a terra, non;
Mais para donde subrime
Natura o incrinou
Na man inda apreixando
O ferro brillador;
O grande corpo socuro,
Mais o teu nome, non.

EDUARDO PONDAL
Santiago 1883.
Pag 69

AL MALOGRADO LITERATO
D. ANDRÉS MURUAIS

Cisnes del Lérez, que el vuelo
A otra región remontasteis,
A do no llegan las garras
De las carniceras aves,
Recibid al compañero
Con jubilosos cantares,
Que nosotros despedimos
Con lamentos funerales
Para vos es la alegría
Que os lleva al joven vate
Con las espléndidas fiestas
De su *Urco incomparable*;
Y a los de Teucro le quedan
Enlutados estandartes,
Para recordar placeres
Por desventura, fugaces.
Galicia llora su ausencia,
Porque Galicia es su madre
Que en su regazo de flores
Le daba ricos manjares:
Si la deuda era crecida
Su gratitud era grande
Pues lo vi como buen hijo
A pagarle, consagrarse.
Empleaba sus desvelos
En esplendor [*sic*] de las Artes
Que a la belleza de Helenes
Mil atractivos añaden;
Yo le vi ganar coronas
En literatos certámenes

Entre el estruendo de aplausos
De asamblea respetable.
¡Honor, lágrima y flores
Y antorchas en los altares,
Y plegarias al Eterno
Para que feliz descanse!

JOSE MARÍA POSADA PEREIRA

Vigo 1883

Pág. 71

Patria, Poesía y Música formaban
El Trípode dichoso de tu asiento:
Honrándolas mostrábaste contento,
Que ellas tan solo tu ambición llamaban.
Los ojos de tu ingenio vigilaban
Constantes de su gloria el incremento
Las alas de tu ardiente pensamiento,
Hacia ellas sin descanso te llevaban.
Mas ¡ay! que prematura, ingrata muerte,
Celosa de tu brío y tu almo vuelo
Sobre tu sien batió su mano inerte,
Tu noble frente derribando al suelo,
Y pudo para siempre enmudecerte,
Tu númen apagando con su hielo.

LUIS DE LA RIEGA
Pontevedra 1883
Pág. 73

**A PONTEVEDRA
AL MORIR ANDRES MURUAIS**

Nació, titán, en tu tranquilo llano
Un gigante con alma de poeta,
Un corazón de niño en un atleta,
Un gladiador del pensamiento humano
Tu siervo y a la vez tu soberano,
Te ordena, te conduce y te respeta,
Y al vivo sol de su mirada inquieta,
Eres esclava del artista-hermano.
Ciudad, que en pena mi dolor igualas,
Que su recuerdo, como yo, atesoras,
Aunque la muerte destrozó sus alas
¡Bien hayas, patria mía, que le adoras,
Al exhalar los cánticos que exhalas
Y al llorar esas lágrimas que lloras!

NICOLAS TABOADA.

Pag 79.

**A LA MEMORIA
DEL MALOGRADO VATE
ANDRES MURUAIS**

Fuiste bueno, fuiste poeta, fuiste amigo
Del progreso al cual vivo consagrado,
Y ni en la vida me encontré contigo,
Ni amarte al triste corazón fue dado.
¡Fiero rigor de la humanal pelea!
Del bien en pos con inquietud corremos,
Y el mal a todas horas nos rodea,
¡Y existe el bien, y pasa, y no lo vemos!
Tal contigo ocurrió. Ya no responde
La realidad a la esperanza mía,
Porque una tumba codiciosa esconde
Cuento en ti el alma idolatrar quería
En la batalla de la vida herido,
¿Qué puedo hacer en ocasión tan fuerte!
¡Solo llorarte como al bien perdido!
¡Solo envidiar tu desdichada suerte!

JUAN TOMAS SALVANY
Madrid 1883.

**A LA MEMORIA DEL POETA GALLEGO
ANDRÉS MURUAIS**

SONETO

¿Es cierto que del cuerpo desprendida
El alma vuela cuando el cuerpo muere,
Y las regiones de la luz prefiere
A las lúgubres sombras de esta vida?
¿O es acaso verdad que ya extinguida
La fuerza que materia y alma adhiere,
Esta se anula y la materia quiere
Volver hacia su punto de partida?
Ya goces dichas en el alto cielo,
Ya solo seas polvo inanimado,
Dichoso tú que abandonando el suelo
Por miserias y horrores habitado,
Tus versos vivirán...¿mayor anhelo
Podrías realizar que el realizado?

MARCELINO SORS MARTÍNEZ
Coruña 1883
Pag. 77

¡ADIÓS!

**SOBRE LA TUMBA DEL POETA GALLEGO
ANDRÉS MURUAIS**

¡Adiós!... Ya de tu lira
No suena el blando acento!...
Por siempre ya sus cuerdas,
La muerte enmudeció!
Galicia ya no escucha
El dulce sentimiento
Que, de tu pluma un día,
La inspiración brotó.

¡Adiós!... Tu amada patria,
A quien con santo anhelo,
Mil veces defendiste
En patrio y tierno amor,
Hoy llora desolada
Al ver que de su suelo
Se ha ido para siempre
Su ardiente defensor!

¡Adiós!... En tu sepulcro,
Se escuchan las canciones
Del vate de Galicia,
Cual fúnebre oración;
Del arpa del poeta,
Cubierta de crespones,
Sobre tu helada tumba,
Resuena el triste son!

¡Adiós!... en paz descansa!...

Galicia, acá en su historia
Con letras de oro un día,
Tu nombre ha de escribir;
No tiene el mundo tumba
Para la fama y gloria...
Tu nombre, aquí en Galicia,
Eterno ha de vivir!!

JAVIER VALCARCE OCAMPO
Santiago 1883
Pag 81.

A LA MEMORIA DE ANDRÉS MURUAIS

Luz pasajera, bardo de Galicia,
De esa joya de Lérez, que extasiado
He seis años rápido contemplado
Llena de encantos y sin par delicia.
¿Por qué, apenas la gloria te acaricia
Y renombre en el mundo has conquistado,
De tu existencia el hilo, aún no gastado,
Súbita muerte rompe en su codicia?
¿Será que, sin aliento para ver
Galaicas desventuras que narraste,
Preferiste a la tumba descender...?
Es que patria mejor ¡ay! columbraste,
La patria de la dicha y del saber.
Y a ella, Muruais, te encaminaste.

MARCIAL VALLADARES.

Vilancosta 1883

Pag. 83

**A LA MEMORIA DE MI AMIGO
ANDRÉS MURUAIS,
ADIÓS PARA SIEMPRE**

¡Adiós! Tú no eras quien partir debía
Primero de los dos
Caro amigo, tan dulce al alma mía...
¡Ah! para siempre adiós!
La muerte, despiadada en sus enojos,
Que tu vida extinguió,
Arrebatarte pudo antes mis ojos;
De mi memoria, no.
No; que la muerte a destruir no alcanza
Del alma la ilusión;
Lo que sobreviviendo a la esperanza
Queda en el corazón.
Que eternamente, el pecho que en santuario
Convirtió nuestra fe,
Guarda con el sepulcro solitario
Algo de lo que fue.
Y ese algo vago, inescrutable, intenso,
Que de ti nos quedó
Como queda el perfume del incienso
Que ese fuego consumió;
Es la luz, la fragancia, la armonía,
Que vagan por do quier
En las alas del numen que algún día
Ha animado tu ser.
Es la consagración de la memoria
A tu cariño leal;
Que en el afecto, así como en la gloria,

Hay algo de inmortal.
¡Adiós! ¡Ay! Tu recuerdo, si implacable
No me ahoga el pesar,
Será para mi un culto perdurable
Y el corazón su altar

RAMON DEL VALLE

Pag. 85

A LOS COLABORADORES Y SUSCRITORES DEL PRESENTE LIBRO

Cuando, apenas cerrada la fosa del más querido de nuestros vates, concebimos el propósito de pedir el concurso de cuantos buenos gallegos quisiesen contribuir a elevar a la memoria de Andrés Muruais un piadoso monumento, sabíamos que no habían de faltar a la CORONA FÚNEBRE proyectada, ningún genero de auxilios intelectuales y materiales.

No contagiados aún por el amargo escepticismo que invade a la juventud contemporánea, ni un momento dudamos de que a nuestro llamamiento y en torno de la reciente sepultura, congregaríanse todos cuantos en Galicia consagran ferviente culto a la vieja tierra, tan necesitada del amor de sus hijos.

No quedaron defraudados nuestras esperanzas. Nuestra voz que solicitaba un póstumo homenaje [*sic*] para un hombre que no figuró entre los poderosos de la tierra, que solo supo amar y defender y cantar a su país, halló eco y resonancia en los corazones de sus compatriotas y aún más allá del Atlántico fue a despertar con nuevo vigor en el alma de nuestros hermanos ausentes, el recuerdo jamás amortiguado de la región natal, más santa, más bella y más amada para los que repiten estremeciéndose los versos dirigidos por el pobre Andrés,

AL BATALLON PROVINCIAL
DE PONTEVEDRA:

“Los que vencisteis en la cruel pelea,
Cuando de noche en el hogar paterno
El fuego sin cesar chisporrotea

Al empuje del viento del invierno
Que brama en la humeante chimenea,
Recordad de un hermano el grito eterno;
Recordad de un gallego el triste grito:
¡Extranjero panteón... panteón maldito!”

No podemos, pues, dejar de manifestar nuestra gratitud a todos y a cada uno de los que se han apresurado a corresponder a nuestras excitaciones, fortaleciendo así cada vez más nuestra fe en los destinos de un pueblo, que como el nuestro, sabe olvidar todo linage [*sic*] de divisiones y rencores, cuando se trata de bendecir y enaltecer la memoria de los que como Muruais, participaron de los incesantes dolores y de las escasas alegrías de la patria, mereciendo así el tributo que ella le consagra en este libro, adiós postrero de sus amigos, entre quienes fueron los más humildes pero no los menos sinceros.

ANTOLÍN MOSQUERA MONTES
HELIODORO F. GASTAÑADUY